

Alex siempre había soñado con estudiar astronomía. Desde que era pequeño, la vastedad del universo lo cautivaba, y pasar noches enteras bajo el cielo estrellado había sido su actividad favorita. Sin embargo, llegar a ser estudiante de astronomía en la universidad no fue un camino fácil. Proveniente de una pequeña ciudad donde las oportunidades de educación avanzada eran limitadas, Alex tuvo que trabajar duro para obtener una beca que le permitiera asistir a la universidad en la capital.

El primer día en el campus, con el corazón latiendo a mil por hora, Alex se sintió abrumado pero emocionado por comenzar esta nueva etapa. Las aulas gigantes, los laboratorios equipados con telescopios de última generación, y sobre todo, estar rodeado de personas que compartían su pasión por el cosmos, le confirmaban que estaba en el lugar correcto.

Sin embargo, no todo fue tan sencillo como esperaba. La exigencia académica era alta, y aunque Alex estaba acostumbrado a destacarse en su escuela, la universidad presentaba desafíos que nunca había enfrentado. Las noches se hacían más largas, entre libros de física cuántica y cálculos interminables. A veces, miraba por la ventana de su pequeña habitación en la residencia estudiantil, preguntándose si realmente tenía lo que se necesitaba para lograr su sueño.

Los amigos que Alex comenzó a hacer en la universidad se convirtieron en su red de apoyo. Juntos formaron un grupo de estudio, compartiendo conocimientos, dudas, y también, momentos de ocio. Fue en una de esas largas noches de estudio que Alex conoció a Sam, otro estudiante de astronomía, cuya curiosidad y pasión por entender el universo rivalizaban con las suyas. Sam se convirtió en su compañero de aventuras, tanto académicas como personales.

Pero no todo en la vida de Alex giraba en torno a la astronomía. Durante el segundo año, enfrentó retos personales que pusieron a prueba su resiliencia. La salud de su madre comenzó a deteriorarse, y con su familia lejos y los recursos limitados, la preocupación por su bienestar se sumaba al estrés académico. Alex tuvo que aprender a balancear el tiempo entre el estudio, las llamadas nocturnas a casa para hablar con su madre, y los trabajos de medio tiempo que tuvo que tomar para enviar algo de dinero a casa.

A medida que avanzaba en su carrera, Alex descubrió nuevas áreas de interés. La astrofísica se convirtió en una pasión, llevándolo a participar en proyectos de investigación junto a sus profesores. Esas experiencias no solo ampliaron su conocimiento y habilidades sino que también reforzaron su determinación de contribuir a la ciencia, de hacer descubrimientos que pudieran, algún día, cambiar la forma en que entendemos el universo.

En su último año, mientras trabajaba en su tesis sobre la detección de exoplanetas, Alex tuvo la oportunidad de presentar su investigación en un congreso internacional. Fue una experiencia que marcó un antes y un después en su vida académica y personal. Estar rodeado de algunos

de los nombres más respetados en la astronomía, compartir ideas y recibir feedback, le hizo ver que, a pesar de todos los obstáculos, estaba en el camino correcto.

La graduación de Alex no fue solo el final de su carrera universitaria, sino también el comienzo de su futuro profesional. Con una oferta de trabajo en un observatorio internacional y planes para continuar su educación con un doctorado, los sueños de aquel niño que miraba las estrellas se estaban convirtiendo en realidad.